





JACOB VAN EYCK (ca. 1589/90 – 1657)

Dafne

(Der Fluyten Lust-hof- El Jardín de las Delicias de la Flauta- The Flute's Garden of Delights)

- | | | | | | |
|---|---|------|----|--|------|
| 1 | Philis schoone Herderinne
(François de Chancy - En vain je veux celer)
<i>recorders I, II - gamba - harp</i> | 3:02 | 10 | Fantasia & eco
<i>cornetto - harp</i> | 3:20 |
| 2 | Repicavan
(Etienne Moulinié - Repicavan las campanillas)
<i>recorder - gamba - harp</i> | 2:11 | 11 | Pavaen Lachrymae
(John Dowland - Flow my tears)
<i>recorder - gamba - harp</i> | 5:25 |
| 3 | Doen Daphne d'over schoone Maeght
<i>recorder - harp</i> | 7:32 | 12 | Batali
<i>recorder</i> | 4:51 |
| 4 | Malle Symen
<i>cornetto - recorder - gamba - harp</i> | 5:07 | 13 | Engels Nachtegaeltje
<i>recorder - gamba - harp</i> | 3:09 |
| 5 | The Earl of Essex, his Galliard
(John Dowland)
<i>harp</i> | 2:12 | 14 | Fantasia
<i>recorder - harp</i> | 2:26 |
| 6 | L'Amie Cillae
<i>recorder</i> | 1:44 | 15 | Excusemoy
(John Dowland - Can she excuse)
<i>recorder - harp</i> | 3:38 |
| 7 | Amarilli mia bella (Giulio Caccini)
<i>recorder - gamba - harp</i> | 5:59 | 16 | Psalm 9
(Jan Pieterszoon Sweelinck -
- De tout mon coeur t'exalteray)
<i>recorder - harp</i> | 5:42 |
| 8 | Boffons
<i>recorder - gamba - harp</i> | 2:41 | 17 | Preludium of Voorspel
<i>recorder</i> | 0:53 |
| 9 | Phantasia
<i>recorder</i> | 3:10 | 18 | Courant, of Harte diefje waerom zoo stil
(John Dowland - Now, o now I needs must part)
<i>recorders I, II - flute- gamba - harp</i> | 3:02 |

ANTHONELLO

Yoshimichi Hamada Flautas dulces/recorders: Robert Gilliam-Turner, Yamaha, Cornetto: Serge Delmas

Kaori Ishikawa Viola de gamba: Hilaire Darche

Marie Nishiyama Arpa doppia: Rainer M. Thureau

Isao Moriyasu (1, 18) Flauta/flute: Eamonn Cotter Flauta dulce/recorder: Yamaha

“Érase una vez, hace muchos, muchos años...”

Siempre he encontrado en el personaje de Jacob van Eyck el rumor épico y misterioso de los cuentos que nos leían de niños. Cuentos como el de “El Flautista de Hamelin”, en quien pensé la primera vez que conocí la historia del músico a quien está dedicado este disco. La idea de que la magia de una escueta melodía pueda resultar tan seductora como para doblegar nuestra voluntad aparece en numerosas narraciones y leyendas, desde los Cantos de Sirena a los que hubo de enfrentarse Ulises, al efecto letárgico que sobre Caronte ejerció la lira de Orfeo en las puertas del Infierno. El poder que una sencilla sucesión de notas puede tener sobre nuestra mente (en realidad lo tiene sobre nuestro corazón) retumba calladamente, desde la humildad de sus medios, frente a la aparatosa maquinaria armónica y contrapuntística con la que los compositores la han engalanado de mil formas en épocas más recientes. Vale la pena salir del bosque unos instantes para dirigir nuestros oídos hacia la pequeña senda en la que la Música comenzó su andadura, y por la que deambuló durante siglos, cuando tan sólo era un canto, como el de Dafne, la más bella ninfa del valle de Apolo, capaz de cautivar con él a todo un dios.

VAN EYCK O EL RECOLECTOR DE MELODÍAS VIAJERAS

Nos dice el sentido común que los sonidos no se pueden ver, *“tan sólo oír”*. Sin embargo, cuán difícil nos resulta llegar a comprender la Música sin verla. ¿Cómo asumir la totalidad de una melodía sin disfrutar de la fisonomía del instrumento que la produce, sin ayudarnos de sus trazos sobre el papel para recordarla, o sin contemplar sus efectos en las personas que la tocan, cantan... o escuchan? Jacob van Eyck fue ciego de nacimiento, a pesar de lo cual —o precisamente por eso mismo— fue un impagable mensajero del arte de los sonidos, y su talento y destreza para gobernarlos contribuyó a que la vida cotidiana de miles de holandeses de su tiempo fuera más llevadera. Van Eyck era el carillonero de la catedral de Utrecht. Disponía y ordenaba las campanas de tal modo que su repicar, disciplinado y solemne, transformara el aire húmedo y neutro que las rodeaba en portador de una pacificadora armonía para descender así sobre los oídos de la ciudad. Lo imagino ensimismado, en la solitaria altitud de la que era torre más alta de los Países Bajos, acercando sus manos al frío de los bronces, recorriendo y leyendo con los dedos cualquier irregularidad, golpeando sus corazas con diversos materiales, analizando sus efectos y recorridos, el hermanamiento o disputa de sus largos armónicos, midiendo el tiempo de sus ecos, o especulando con las consecuencias de ensayar nuevas formas de vaciado. Sus ideas sobre los protocolos acústicos de las campanas llamaron la atención de científicos de su tiempo, como Isaac Beeckman o René Descartes, vecino durante algunos años de la Utrecht de van Eyck. Pero su música no sólo doblegaba el aire de las alturas, antes bien, sabemos de su enorme destreza con instrumentos más mundanos y populares, aunque no menos complejos de domesticar. Instrumentos como la flauta dulce.

Tenemos noticia de que en 1649 el salario de van Eyck fue aumentado de 80 a 100 florines “para que amenizara con su flauta a los viandantes que iban hacia el camposanto”. Lo hacía tocando un buen número de melodías que desde niño había escuchado y que provenían de los más diversos lugares de Europa. Fueron precisamente estas melodías a las que había dedicado años antes su “Der Flyuten Lust-hof” (El Jardín de las Delicias de la Flauta), colección en dos volúmenes que conocería varias ediciones (1644, 1646, 1649, 1654, 1656), teniendo la primera de ellas, curiosamente, un título diferente de las posteriores: “Euterpe oft Speel-goddinne” (Euterpe o la diosa de la música

instrumental). Van Eyck recolectó en estos libros 148 piezas, a las que sometió al minucioso tratamiento de la disminución italiana (llamadas “glosas” en España, “diferencias” entre los vihuelistas, o simplemente ornamentaciones o variaciones en el argot musical al uso). Estas melodías provenían de lugares como Inglaterra, Francia e Italia, cubriendo además un amplio espectro en lo que a su “origen social” se refiere, desde la creación más popular (“Boffons”) a la más refinada pieza isabelina para consort (“Pavana Lachrymae” de John Dowland), pasando por los sobrios salmos calvinistas. Pertenecían, de algún modo, a la memoria colectiva de todo un continente, fruto de la cual proliferaron en su tiempo numerosos “contrafacta” (adaptación de un texto a una melodía preexistente), y que no eran sino un elemento más de cohesión cultural, capaz de hermanar –débilmente– los sentimientos más placenteros de una Europa desagrada por las guerras. Van Eyck, desde su puesto de carilloneo, lanzaba muchas de estas melodías al aire, contribuyendo a realimentar este patrimonio no escrito. También lo hacía con su pequeña flauta, en la puerta de la iglesia, invitando a silbar o cantar a los caminantes tantas otras, que sus padres les enseñaron tiempo atrás, o que escucharon por vez primera a aquel comerciante extranjero que pasó hacia años por la feria local.

Jacob van Eyck debió nacer en torno a 1590, tal vez en Heusden, cerca de Hertogenbosch, en el seno de una familia de la baja nobleza. Fue en esta ciudad donde comenzó a desarrollar su destreza en la templanza del carillón. Reclamado en varias ocasiones para mejorar varias campanas de Utrecht y La Haya, su prestigio fue creciente durante la década de 1620 hasta convertirse, como ya dijimos, en el carilloneo de la catedral. Sus competencias desde entonces comprendieron el mantenimiento de las campanas de la región, así como la presidencia de tribunales para la selección de quienes habrían de tocarlas. Su vida transcurrió de este modo entre el estruendoso alcance de los bronce fundidos y la cercanía hogareña de las maderas de boj. Entre las músicas que le traían las gentes y los elaborados dibujos con que las devolvía al viento; siempre al margen de las prácticas y tendencias del agitado y omnipresente Barroco que le circundaba. El 23 de marzo de 1657 las campanas de varias iglesias de Utrecht resonaron con fuerza durante horas. Su repique era más triste que de costumbre. Jacob van Eyck había muerto y con él, tal vez, el último cultivador de una melodía sin ropajes.



"Euterpe"

“Once upon a time, many, many years ago...”

I have always found, in the person of Jacob van Eyck, the epic, mysterious undertone of the stories that were read to us as children; stories like “The Pied Piper of Hamelin”, which came to mind the first time I became acquainted with the musician to whom this recording is dedicated. The idea that the magic of a simple melody can be so seductive as to break our will appears in numerous stories and legends, from the Sirens’ Songs that tempted Ulysses, to the soporific effect of Orpheus’ lyre on Charon at the gates of Hades. The power that a simple succession of notes can exercise over our mind (actually, over our heart) resounds silently when the simplicity of its means is compared to the flamboyant harmonic and contrapuntal trappings with which composers, in more recent times, bedeck the same, in a thousand ways. It is worth the trouble leaving the forest for a few moments to direct our ears towards the tiny path on which Music began her journey, and along which she wandered for centuries when she was no more than a song, like that of Daphne, the most beautiful nymph in Apollo’s valley, capable of captivating with hers no less than a god.

VAN EYCK OR THE COLLECTOR OF ROVING MELODIES

Common sense tells us that sounds cannot be seen, *“but only heard”*. Yet, how difficult it is for us to understand Music without seeing it. How can we assimilate a melody fully without enjoying the features of the instrument that produces it, without the help of the notation on paper which enables us to recall it, or without contemplating its effect on the people who play it, sing it...or hear it? Jacob van Eyck was blind from birth, despite which – or perhaps for that very reason – he was an priceless emissary of the art of sounds, and his talent and skilful command over them contributed to making the humdrum daily routine of thousands of Dutch people of his time more bearable. Van Eyck was the carillonneur of Utrecht cathedral. He prepared and ordered the bells in such a way that their chiming, disciplined and solemn, transformed the dank, neutral air around them into the bearer of a peace-giving harmony that drifted down onto the city’s ears. I imagine him lost in his thoughts, in the solitary heights of what was the highest tower in the Netherlands, running his hands over the cold bronze of the bells, reading through his fingertips the slightest defect, beating their outer surface with different materials, analysing the effect and range of each, recording the blending or jarring of their lingering harmonics, measuring the duration of their echoes, or speculating on the consequences of new experimental types of casting. His ideas on the acoustic behaviour of bells drew the attention of contemporary scientists like Isaac Beeckman and René Descartes, who lived for several years in the Utrecht of van Eyck. But his music not only conquered the air of the heights, on the contrary, we know of his enormous skill with instruments more mundane and popular, though no less complex to tame - instruments such as the recorder.

We know that in 1649 van Eyck’s salary was increased from 80 to 100 florins “to provide entertainment with his flute for those journeying to the graveyard”. He did so by playing a vast selection of melodies he had heard as a child which had their origin in the most diverse places of Europe. It was to these very melodies that years before he had dedicated his “Der Fluyten Lust-hof” (The Flute’s Garden Of Delights), a two-volume collection which ran to several editions (1644, 1646, 1649, 1654, 1656), the first of which, curiously, has a different title from the later ones: “Euterpe oft Speel-goddinne” (Euterpe or the goddess of instrumental music). Van Eyck collected 148 pieces in these books, all subjected to the Italianate treatment of “divisions” (called “glosas” in Spain, “diferencias”

among vihuela players, and simply ornamentation or variations in current musical terminology). These melodies came from such places as England, France and Italy and moreover covered a wide spectrum as regards their “social origin”, ranging from the most popular ditties (“Boffons”) to the more refined Elizabethan consort piece (“Pavana Lachrymae” by John Dowland), passing through the solemn psalms of Calvin. They belonged, in a sense, to the collective memory of a whole continent, the fruit of which was a proliferation, at the time, of numerous “contrafacta” (the setting of a text to a pre-existent melody), a further element of cultural cohesion, capable of uniting – albeit weakly – the most pleasurable feelings of a Europe ravaged by war. Van Eyck, thanks to his position as carillonneur, popularized many of these melodies, helping to recycle this unwritten heritage. He achieved the same end with his little flute, in the church entrance, inviting pilgrims to whistle or hum many other tunes, taught to them by their parents in their youth, or heard for the first time when they were sung by some foreign merchant passing through the local fairs years ago.

Jacob van Eyck was probably born around 1590, perhaps in Heusden, near Hertogenbosch, into the heart of a family of the lower nobility. It was in this city where he began to develop his skill in the tempering of the carillon. Called upon on several occasions to improve several of the bells in Utrecht and the Hague, his prestige gradually grew during the 1620's until he became, as we mentioned above, the cathedral carillonneur. His duties from that point on, consisted of maintaining the bells in the region, as well as presiding over the panel of judges who appointed the bell ringers. His life passed in this way, among the far-reaching clang of moulded bronze and the homely nearness of boxwood; among the music brought to him by people and the elaborate figurations with which he returned them to the breeze; always on the fringe of the practices and fashions of the hectic, omnipresent Baroque that surrounded him. On 23rd March, 1657, the bells of several churches in Utrecht tolled loudly for hours. Their peal was sadder than usual. Jacob van Eyck had died and with him, perhaps, the last cultivator of the unadorned melody.



Catedral de Utrecht

“Il était une fois, il y a bien longtemps...”

J’ai toujours trouvé dans le personnage de Jacob van Eyck la résonnance épique et mystérieuse des contes que l’on nous lisait pendant notre enfance. Des contes comme celui du “flûtiste de Hamelin”, auquel je pensais la première fois que je connu l’histoire du musicien à qui est dédié ce disque. L’idée que la magie d’une seule mélodie puisse être si séductrice au point de dérouter notre volonté apparaît dans de nombreux récits et légendes, des chants des Sirènes auxquels se confronta Ulysses, à l’effet de létargie qu’exerça la lyre d’Orphée sur Caronte aux portes de l’Enfer. Le pouvoir qu’une simple succession de notes peut avoir sur notre cerveau (en réalité sur notre cœur) retombe en silence, à partir de l’humilité de ses moyens, en face de la mécanique complexe harmonique et contrapuntique avec laquelle les compositeurs l’ont honoré de mille formes en des époques plus récentes. Cela vaut la peine de sortir du bois un instant afin de diriger nos oreilles vers le petit sentier sur lequel la musique commença son chemin, et sur lequel elle déambula pendant des siècles, alors que ce n’était qu’un chant, comme celui de Daphnée, la plus belle nymphe du val d’Apollo, capable de captiver à lui seul un dieu entier.

VAN EYCK OU LE COLLECTIONNEUR DE MÉLODIE DE VOYAGE

Le sentiment commun nous dit que les sons ne peuvent se voir, *“on peut juste les entendre”*. Toutefois, comme il est difficile d’arriver à comprendre la Musique sans la voir. Comment appréhender la totalité d’une mélodie sans apprécier la physionomie de l’instrument qui l’a produit, sans nous aider de ses traces sur le papier pour s’en souvenir, ou sans contempler ses effets sur les personnes qui la jouent, la chantent... ou l’écouvent? Jacob van Eyck fut aveugle dès sa naissance, ce qui ne l’empêcha pas –ou justement lui permit- d’être un incomparable messager de l’art des sons, et son talent et sa maîtrise pour les gouverner contribua à ce que la vie quotidienne de milliers d’Hollandais de son époque fut plus légère. Van Eyck était chargé des carillons de la cathédrale d’Utrecht. Il disposait et ordonnait les cloches d’une telle façon, que sa ritournelle, disciplinée et solennelle, devait transformer l’air humide et neutre qui les entourait en un porteur d’une harmonie conciliante pour descendre ainsi sur les oreilles de la ville. Je l’imagine recueilli sur lui-même, dans l’altitude solitaire de la tour qui était la plus haute de tous les Pays-Bas, approchant ses mains au froid des bronzes, parcourant et déchiffrant avec les doigts toute irrégularité, martelant leur cuirasse avec divers matériaux, analysant ses effets et parcours, l’entente ou la dispute de ses longs harmoniques, mesurant la durée de ses échos, ou spéculant sur les conséquences d’essayer de nouvelles formes de vide. Ses idées quant aux protocoles acoustiques des cloches appelèrent l’attention de scientifiques de son époque, comme Isaac Beeckman ou René Descartes, voisin pendant quelques années de l’Utrecht de van Eyck. Mais sa musique ne domptait pas seulement l’air des hauteurs, d’ailleurs, nous connaissons sa grande adresse avec des instruments plus mondains et populaires, même s’ils n’étaient guère plus simple à domestiquer. Des instruments comme la flûte à bec.

Nous savons qu’en 1649 le salaire de van Eyck fut augmenté de 80 à 100 florins *“afin qu’il divertisse avec sa flûte les cortèges qui allaient au cietière”*. Il le faisait en jouant de nombreuses mélodies qu’il avait écoutées dès son enfance et qui provenaient des lieux les plus divers d’Europe. Ce furent d’ailleurs ces mélodies auxquelles il avait dédié, des années auparavant, son *“Der Fluyten Lust-hof”* (Le jardin des délices de la flûte), collection en deux volumes qui devait connaître plusieurs éditions (1644, 1646, 1649, 1654, 1656), la première d’entre elles avait, curieusement, un titre différent des

postérieures: “Euterpe oft Speel-goddinne” (Euterpe ou la déesse de la musique instrumentale). Van Eyck recueillit dans ces livres 148 pièces, qu’il soumit au minucieux traitement de la diminution italienne (appelées “glosas” en Espagne, “diferencias” entre les joueurs de vihuela, ou simplement ornements ou variations selon l’argot musical du moment). Ces mélodies provenaient de lieux comme l’Angleterre, la France et l’Italie, couvrant à la fois un vaste panorama en ce qui concerne son “origine sociale”, de la création la plus populaire (“Boffons”) à la pièce isabelline la plus raffinée pour consort (“Pavana Lachrymae” de John Dowland), en passant par les sobres psaulmes calvinistes. Ils appartenaient, d’une certaine façon, à la mémoire collective de tout un continent, fruit de laquelle apparurent à son époque de nombreux “contrafacta” (adaptation d’un texte à une mélodie préexistante), et qui n’étaient autre qu’un élément de cohésion culturelle, capable de fraterniser –un peu- les sentiments les plus agréables d’une Europe ensanglantée par les guerres. Van Eyck, de son poste de carillon, lançait beaucoup de ces mélodies dans l’air, contribuant à réalimenter ce patriotisme non écrit. Il le faisait aussi avec sa petite flûte, à la porte de l’église, invitant à siffler ou chantonner aux passants tant d’autres, que ses parents lui avaient enseignées dans le passé, ou qu’ils entendirent pour la première fois de ce commerçant étranger qui passa, il y a des années, par la foire locale.

Jacob van Eyck a dû naître aux alentours de 1590, peut-être à Heusden, près de Hertogenbosch, au sein d’une famille de la basse noblesse. Ce fut dans cette ville qu’il commença à développer son adresse dans le jeu et l’accord du carillon. Demandé à diverses occasions pour améliorer plusieurs cloches de Utrecht et La Haye, son prestige grandit pendant la décade de 1620 jusqu’à le convertir, comme nous l’avons déjà dit, en le carillon de la cathédral. Ses compétences comprirent, à partir d’alors l’entretien des cloches de la région, ainsi que la présidence de tribunaux pour la sélection de qui aurait à les jouer. Sa vie se déroula ainsi entre le vacarme des bronzes fondus et la proximité familière avec les bois de boj. Entre les musiques que lui portaient les gens et les dessins élaborés avec lesquels il les rendaient au vent. Toujours à la marge des pratiques et tendances du Baroque agité et omniprésent qui l’entourait. Le 23 Mars 1657, les cloches de plusieurs églises d’Utrecht résonnèrent avec force pendant des heures. Leur ritournelle était plus triste que de coutume. Jacob van Eyck était mort, et avec lui, peut-être, le dernier à avoir cultivé à une mélodie sans apparât.



Yoshimichi Hamada

Grabado en enero de 2003 en Koryu-center Hall Sagami-lake

Toma de sonido: Eiji Yoshioka

Edición digital: Masao Mineo

Director artístico: Hideki Kukizaki

Cookie & Bear

Productor de esta edición: Raúl Mallavibarrena

Fotografías de las flautas: Michal Novák

Diseño: idis diseño

® & © ENCHIRIADIS 2007

Español • English • Français Made in Austria. Sony DADC.

Duración total 67:12